

# El euro, una apuesta irreversible

Íñigo Méndez de Vigo

**M**e congratulo de que la revista POLÍTICA EXTERIOR haya decidido dedicar un número al euro y que lo titule, además, *En defensa del euro*. Me parece el foro adecuado para una reflexión serena sobre los retos de la moneda única y felicito, por ello, a Darío Valcárcel, autor de dicha iniciativa. Coincide este número con el décimo aniversario de la entrada en circulación del euro. Parece mentira que haya transcurrido ya una década desde aquel día en que sustituimos las monedas nacionales por una moneda única, lo que constituyó un hecho sin precedentes en la historia moderna. Estos días también hemos celebrado la concesión del premio Nobel de la Paz a la Unión Europea por su contribución durante casi seis décadas al fomento de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa. Este premio supone un reconocimiento a lo hecho, pero también debe implicar un acicate que nos debe ayudar a resolver los desafíos del presente.

Y es que hace más de medio siglo, la Declaración Schuman supuso el punto de partida de un ambicioso proyecto: unir a los europeos, desgarrados durante siglos por luchas fratricidas, en torno a un proyecto común. La Declaración de 9 de mayo de 1950 convirtió la reconciliación entre Francia

Históricamente, Europa ha progresado a golpe de crisis. Quizá la que hoy padece sea la más profunda de las últimas décadas. En consecuencia, la UE no debe ahorrar esfuerzos para apostar por un gran salto cualitativo hacia la unión política.

y Alemania en uno de los motores de la construcción europea. La gran novedad estribó en que dicha construcción no adoptó la forma clásica de la cooperación intergubernamental ni se convirtió de inmediato en una unión política, sino que procuró la integración a través del método funcionalista. Ello conllevaba un proceso gradual que explicó Robert Schuman: "Europa no se hará de golpe, ni en una construcción de conjunto. Se hará por realizaciones concretas, creando primero una solidaridad de hecho".

A partir de 1954, aunque la idea de los padres fundadores era evidentemente política, el fracaso del proyecto de una comunidad de defensa subordinó la integración política a la integración económica, que obtuvo carta de naturaleza en el tratado por el que se instituyó una Comunidad Económica Europea, firmado en Roma el 27 de marzo de 1957.

Así, el mercado común se convirtió en el objetivo de la integración europea a partir de la década de los sesenta. Europa se centró en la senda económica: mercado, tarifa exterior común, unión aduanera y política agrícola. A mediados de los años ochenta, Jacques Delors consiguió aunar el mercado interior común y la fecha mágica de 1992 para hacer realidad las cuatro libertades de circulación de personas, mercancías, servicios y capitales; e incorporó el principio de cohesión económica y social.

El Tratado de la Unión Europea, en vigor desde 1993, planteó la creación de una Unión Económica y Monetaria (UEM) con la introducción de una moneda

Íñigo Méndez de Vigo es secretario de Estado para la Unión Europea.

única. El euro se convirtió así en el símbolo de la integración económica. Entró en circulación en 2002 en 12 Estados miembros y hoy es la moneda oficial en 17 de los 27 Estados miembros de la Unión Europea. Durante estos 10 años, el euro ha tenido efectos positivos evidentes: ha propiciado unos tipos de interés muy bajos para financiar nuestras economías; ha garantizado la estabilidad eliminando las crisis de cambio entre los países de la zona euro; ha favorecido el comercio eliminando los costes de conversión; el desempleo en la Unión registró un fuerte descenso hasta el inicio de la crisis financiera, en 2008, y le ha permitido hacer frente a esta en mejores condiciones.

Sin embargo, la crisis también nos ha enseñado que la Unión Monetaria –incompleta sin una auténtica unión económica– solo ha funcionado mientras había crecimiento económico. Las divergencias existentes entre una política monetaria común, dirigida por el Banco Central Europeo, y 17 políticas económicas y presupuestarias nacionales han mostrado que este esquema resulta ineficaz frente a una crisis tan profunda como la que padecemos.

La endeblez del pilar económico y la descoordinación a la hora de afrontarla a nivel nacional, transformaron una crisis que tenía un origen económico en una crisis política. Los fundamentos macroeconómicos de la Unión Europea y de la zona euro son mejores que los de Estados Unidos, Reino Unido o Japón, pero lo cierto es que Europa no ha sabido transmitir esa imagen de solidez a los mercados. Los mercados han dudado del euro porque no creían que la unión monetaria fuese irreversible, y consideraban que la moneda única corría el riesgo de desaparecer. Esta percepción partía de la desconfianza de los inversores sobre la capacidad de la Unión Europea para dar una respuesta conjunta a la crisis, probablemente porque algunos países tardaron en darse cuenta de que se trataba de un problema de la zona euro en su conjunto, y no de dificultades aisladas de determinadas economías.

## Europa necesita un plan

La crisis colocó a Europa ante uno de esos momentos históricos en los que, en palabras de Cervantes, hay que optar entre ser camino o ser posada: posada para quedarse, camino para avanzar. El 6 de junio de 2012, el presidente del gobierno español, Mariano Rajoy, optó por el camino en la disyuntiva cervantina. En una carta dirigida a los presidentes del Consejo y de la Comisión Europea, expuso su visión sobre el plan que la UE había de adoptar, plan que expondré a continuación.

En primer lugar, Europa debe actuar desde la responsabilidad, lo que exige una consolidación fiscal. Ningún país debe gastar más de lo que tiene y debe, además, reducir su déficit. Por ello, se negoció y firmó el Tratado sobre Estabilidad, Coordinación y Gobernanza de la Unión Económica y Monetaria –conocido como Pacto Fiscal–, que fue ratificado por las Cortes Generales en julio de 2012.

Además, cada Estado miembro debe realizar un profundo y ambicioso plan de reformas. Por ello, el gobierno se ha volcado en su adopción a una velocidad que no tiene precedentes en la economía española: hemos puesto en marcha reformas para la consolidación fiscal y el control del gasto, la reforma laboral, la reforma del sector financiero, de la sanidad, la educación, la justicia... Y vamos a continuar con el calendario de reformas, con la aprobación de la Ley de Unidad de Mercado, entre otras.

También es necesario hacer reformas a nivel europeo. Así lo hemos hecho los europeos desde que estalló la crisis económica y financiera. Hemos creado un fondo de rescate; un fondo de estabilización con carácter permanente; aprobamos un paquete de supervisión financiera y numerosas propuestas legislativas para activar la gobernanza económica; y, en el Consejo Europeo de 18 de octubre de 2012, se aprobó toda una batería de medidas para profundizar en el mercado único; impulsar la agenda digital “Conectar Europa” mediante la inversión en transporte, energía y conexiones informáticas; promover la investigación y la innovación; mejorar el acceso de las pymes al crédito y aplicar la estrategia Europa 2020.

En segundo lugar, si un Estado actúa con responsabilidad debe contar con la solidaridad europea. Si un Estado es víctima de una situación financiera, económica o política que no sea capaz de controlar, debe contar con la ayuda de las instituciones europeas y del resto de los Estados miembros.

Responsabilidad y solidaridad centraron los acuerdos del decisivo Consejo Europeo de junio de 2012, que adoptó decisiones de enorme calado político para avanzar hacia la unión fiscal, presupuestaria, económica, bancaria y, por tanto, política de Europa. A corto plazo, se tomaron medidas para estabilizar los mercados financieros y romper el círculo vicioso entre

**La crisis ha situado  
a Europa en uno  
de esos momentos  
históricos en los que  
hay que optar por  
quedarse o avanzar**

bancos y deuda soberana, permitiendo la recapitalización directa de la banca y flexibilizando las condiciones para que los fondos de rescate europeos puedan comprar deuda de países en dificultades. Se aprobó también un Pacto por el Crecimiento y el Empleo, que movilizará 120.000 millones de euros para inversiones que impulsen la actividad productiva y la creación de puestos de trabajo. De ellos, 10.000 millones se destinarán a recapitalizar el Banco Europeo de Inversiones con objeto de aumentar su capacidad de préstamo en 60.000 millones; 55.000 millones de los Fondos Estructurales se reprogramarán para orientarlos al crecimiento y al empleo; y se han autorizado ya 100 millones –y 130 millones se movilizarán a principios de 2013– destinados a bonos-proyecto, con lo cual deberán apalancarse inversiones de hasta 4.500 millones en la fase piloto.

La tercera medida que se acordó con vistas al largo plazo se corresponde con el diseño que exigía el presidente Rajoy: el mandato otorgado al presidente Herman Van Rompuy para que elaborase una hoja de ruta específica sobre el futuro de la UEM. Van Rompuy presentó un primer informe al Consejo Europeo de junio de 2012, y un informe intermedio el 12 de octubre, debiendo presentar en diciembre el informe final. Los anteriores informes proponen:

- Avanzar hacia un marco financiero integrado que asegure la estabilidad financiera, marco único que debe contar con: una supervisión bancaria europea que garantice la aplicación efectiva de las normas prudenciales, el control del riesgo y la prevención de crisis en toda la Unión Europea; un sistema de garantía de depósitos europeo; y un mecanismo europeo de resolución de crisis para liquidar de forma ordenada las instituciones inviables.

- Debe haber, asimismo, un presupuesto integrado que garantice una política presupuestaria coordinada a escala tanto nacional como europea, adopción conjunta de decisiones, mayor ejecución y unas medidas acordes hacia la emisión de deuda común. El objetivo último es la creación de un organismo presupuestario, como una oficina del Tesoro.

- Finalmente, debe existir una política económica integrada que impulse el crecimiento económico, el empleo y la competitividad sostenibles, al tiempo que se fomenta la cohesión social.

Estos tres elementos deben sustentarse en una legitimidad democrática y una responsabilidad reforzada en la toma de decisiones en la UEM.

Este ambicioso plan, cuyas características y modalidades deberán detallarse y profundizarse durante 2013, debe convertirse en la *full picture* de la construcción europea de los próximos años. Todas estas medidas apuntan,

además, a otorgar confianza en los inversores y pretenden transmitir la seguridad en la irreversibilidad del euro.

## La importancia de Europa y el euro

En esta crisis se han escuchado voces que han puesto en duda la supervivencia del euro; algunos incluso han llegado a afirmar que la moneda única no constituye un elemento fundamental de la Unión Europea. No estoy de acuerdo con quienes difunden estas ideas. Durante el periodo comprendido entre la entrada en vigor del Tratado de Maastricht y la selección de aquellos primeros países que finalmente accederían a la zona euro, me esforcé por analizar cuáles eran las ventajas y desventajas para un país como España de abandonar su moneda nacional y adoptar la moneda única. Procuré leer lo que en aquellos días se escribió en pro y en contra. Asistí a muchos seminarios, debates o mesas redondas que se celebraron sobre la cuestión. Recuerdo que premios Nobel como Gary Becker o Franco Modigliani sostenían posturas completamente distintas. Al final, llegué a la conclusión de que un país en la periferia geográfica como España, que soporta una compleja actividad legislativa debida al hecho autonómico y tiene una administración de justicia que no se imparte con rapidez, necesitaba el colchón de seguridad que supone el euro.

Entonces me parecía capital que España estuviera entre los países de la zona euro y, hoy, sigo pensando lo mismo. Además, a lo largo de esta década he comprendido también la importancia que el euro tiene para Europa. A medida que la economía mundial ha evolucionado, también ha cambiado la distribución del peso económico de los distintos países. Los países emergentes, los llamados BRIC (Brasil, Rusia, India y China), han salido mucho mejor reforzados de la primera gran crisis de la globalización que las economías de los países más avanzados. Su crecimiento multiplicó por cuatro el de los países avanzados en 2010. Y según las previsiones del Fondo Monetario Internacional lo triplicará en el próximo lustro. Vivimos en un mundo en el que un fondo de inversiones brasileño ha comprado Burger King, una compañía india se ha hecho con Jaguar, o un fondo chino ha adquirido Anheuser-Busch, la primera cervecera estadounidense. La globalización existe, nos guste o no. La incógnita estriba en saber si podemos jugar la partida en solitario o queremos hacerlo con el resto de los socios de la UE. En mi opinión, la respuesta no admite dudas: en un momento en el que las fronteras pierden relevancia, una Europa unida es la única respuesta frente a la insignificancia de las viejas naciones.

Ya a mediados del siglo pasado, Paul-Henri Spaak, hablando de los Estados europeos, decía que todos ellos eran pequeños, pero algunos aún no se habían enterado. Trátese de la política internacional, la energética, las cuestiones de inmigración, la educación o la cultura, Europa debe dar una respuesta común a los desafíos también comunes que tienen los europeos, para que no se cumpla esa frase que se atribuye a Deng Xiaoping en 1985: “En el siglo que viene, Estados Unidos nos dirá lo que hay que fabricar, los indios y nosotros lo fabricaremos, e iremos a Europa de vacaciones”. Para evitar que Europa se convierta en un parque temático tenemos que trabajar unidos.

Pero Europa necesita, además, acercarse a sus ciudadanos. El distanciamiento entre estos y sus instituciones es real. Europa no ha sido capaz de crear una narrativa lo suficientemente atractiva que enganche a la ciudadanía. Esta narrativa existió en el pasado. En la posguerra, los padres fundadores utilizaron el mensaje de que Europa significaba la paz frente a los nacionalismos que provocaron la más terrible de las guerras. Más tarde, Europa representaba la opción democrática y próspera frente al totalitarismo del otro lado del Telón de Acero. Hoy en día carecemos de un mensaje ilusionante que identifique a Europa con sus ciudadanos. Probablemente, la mejor narrativa que podamos encontrar sea hallar una salida a la crisis. No hay mejor manera de reconciliar a Europa con sus ciudadanos que acabar con el desempleo, retornar a la senda del crecimiento y consolidar Europa como protagonista global.

Desde que hace ya casi seis décadas Schuman diera el primer paso, Europa siempre ha hecho camino al andar. En esta época de dificultades, el compromiso por defender el euro nos obliga a acelerar los avances en la construcción europea. Históricamente, Europa ha progresado a golpe de crisis. Y, con toda probabilidad, la que padecemos en estos días sea la más profunda de las últimas décadas. En consecuencia, no debemos ahorrar esfuerzos para apostar por un gran salto cualitativo. No me cabe duda de que Europa es la solución a nuestros problemas, y la unión política nuestro puerto de llegada. Decía Séneca que “ningún viento es favorable para el que no sabe a qué puerto se dirige”. Sobre todo, después del Consejo Europeo de junio de 2012, tenemos mucho más claro hacia dónde nos dirigimos. Estoy seguro de que el viento, con visión y ambición política, soplará a nuestro favor.